

Peregrino de Luis Cernuda

Peregrino

**¿Volver? Vuelva el que tenga,
tras largos años, tras un largo viaje,
cansancio del camino y la codicia
de su tierra, su casa, sus amigos,
del amor que al regreso fiel le espere.**

**Mas ¿tú? ¿volver? Regresar no piensas,
sino seguir libre adelante,
disponible por siempre, mozo o viejo,
sin hijo que te busque, como a Ulises,
sin Ítaca que aguarde y sin Penélope.**

**Sigue, sigue adelante y no regreses,
fiel hasta el fin del camino y tu vida,
no echés de menos un destino más fácil,
tus pies sobre la tierra antes no hollada,
tus ojos frente a lo antes nunca visto.**

Luis Cernuda fue un hombre errante, siempre en camino, que no encontró nunca -o no quiso encontrar- un lugar en donde quedarse y echar raíces. Desde España, las sucesivas etapas del peregrinaje cernudiano fueron Gran Bretaña, Estados Unidos y, finalmente, Ciudad de México, en donde murió, cuando era huésped de su amiga la también poeta española y exiliada Concha Méndez. Cernuda tuvo siempre la conciencia intensamente romántica de ser un exiliado del mundo y la necesidad de no permanecer largo tiempo en ningún sitio, de estar siempre dispuesto a la partida.

En la primera edición de *Antología de la Poesía Española* (1932) de Gerardo Diego, y como prólogo a la selección de sus poemas, escribió Cernuda esta radical declaración: “No sé nada, no quiero nada, no espero nada. Y si aún pudiera esperarlo, sólo sería morir allí donde no hubiese penetrado aún esta grotesca civilización que envanece a los hombres”. Años después, en el precioso poema en prosa “La casa” (*Ocnos*, 1942), expresó de nuevo su renuncia a poseer un refugio propio e íntimo y su voluntad de desarraigo:

“Desde siempre tuviste el deseo de la casa, tu casa, envolviéndote para el ocio y la tarea en una atmósfera amiga. Mas primero no supiste (porque eso lo aprenderías luego, a fuerza de vivir entre extraños) que tras de tu deseo, mezclado con él, estaba otro: el de un refugio con la amistad de las cosas. Afuera aguardaría lo demás, pero adentro estarías tú y lo tuyo. / Un día, cuando ya habías comenzado a rodar por el mundo,

soñando tu casa, pero sin ella, un acontecer inesperado te deparó al fin la ocasión de tenerla. Y la fuiste levantando en torno de ti, sencilla, clara, propicia: la mesa, el diván, los libros, la lámpara -atmósfera que llenaban con su olor algunas flores de temporada. / Pero era demasiado ligera, y tu vida demasiado azarosa, para durar mucho. Un día, otro día, desapareció tan inesperada como vino. Y seguiste rodando por tantas tierras, alguna que ni hubieras querido conocer. Cuántos proyectos de casa has tenido después, casi realizados en otra ocasión para de nuevo perderlos más tarde. / Sólo cuatro paredes, espacio reducido como la cabina de un barco, pero tuyo y con lo tuyo, aún a sabiendas de que su abrigo pudiera resultar transitorio; ligera, silenciosa, sola, sin la presencia y el ruido ofensivos de esos extraños con los que tantas veces ha sido tu castigo compartir la vivienda y la vida; alta, con sus ventanas abiertas al cielo y a las nubes, sobre las copas de unos árboles. / Pero es un sueño al que ya por imposible renuncias, aunque sea realidad de todos a la que no puedes aspirar. Resistir es demasiado pobre y cambiante - te dices, escribiendo estas líneas de pie, porque ni una mesa tienes; tus libros (los que has salvado) por cualquier rincón, igual que tus papeles. Después de todo, el tiempo que te queda es poco, y quién sabe si no vale más vivir así, desnudo de toda posesión, dispuesto siempre para la partida.”

Y sobre la misma cuestión escribió pocos años antes de morir: “Siempre padecí del sentimiento de hallarme aislado y que la vida estaba más allá de donde yo me encontrara; de ahí el afán constante de partir, de irme a otras tierras...” (*Historial de un libro*, 1958). Parece, pues, notorio que, antes de vivir la amargura del exilio, ya había en él un afán de ocultamiento y de huida, y tanto que podría decirse que, en cierta manera, Cernuda “se quería escondido”.

Escrito en los últimos años de su vida, el poema “Peregrino” es la confirmación definitiva y desoladora de esa disposición al desarraigo y al alejamiento a los que antes nos hemos referido; y, sobre todo, de esa vocación de hombre errante, dispuesto a la búsqueda incesante de una *terra semper incognita*. Todo el poema es un monólogo interior desarrollado de forma dialógica entre un yo y un tú, que, como en otros poemas de Cernuda, es un desdoblamiento del propio yo del poeta. El infinitivo interrogativo que da comienzo al poema, “¿volver?”, parece ser expresión del cuestionamiento de la posibilidad de su vuelta a España, pues por aquel entonces algunos exiliados de la guerra 1936-1939 ya empezaban a regresar.

Cada una de las tres estrofas constituye, pues, una secuencia de una íntima cavilación y, sin ambages, la firme respuesta del poeta. En la primera, alude a los exiliados que quizá quieran y puedan volver a España, porque, “tras un largo viaje” y “cansados del camino”, hay en ella algo o alguien que les espera, ya sea tierra, casa, amigos o amor. Pero, en la segunda y tras la intensificación de la pregunta que a sí mismo se dirige, “mas ¿tú? ¿volver?”, el poeta rechaza tajantemente el retorno y no sólo se niega toda posibilidad de regreso, sino que se afirma en su afán de libertad, en seguir viviendo sin ataduras, sin volver atrás la mirada y siempre disponible... Destacan las referencias a los personajes principales de *La Odisea* de Homero: Ulises, imagen clásica del mito del retorno y figura del peregrino por antonomasia, que una vez cumplida su tarea, retorna a su reino de Ítaca, al hogar en donde le esperan su fiel esposa Penélope y su hijo Telémaco. Pero no todos pudieron -o no quisieron- ser Ulises; así este “peregrino” cernudiano que no tenía, ni dentro ni fuera de su corazón- hijo, mujer ni patria que le incitaran al retorno. Y, en la última estrofa, la repetición del imperativo, “sigue, sigue”, intensifica el carácter auto-comunicativo del poema y confirma la valiente resolución

del poeta de mantenerse fiel a su propio caminar en la incierta senda que le marque su destino.

Precioso ejemplo, pues, de *poesía pura*, en cuanto carente de retórica, apoyada en recursos de gran sencillez -preguntas y repuestas, repeticiones, enumeraciones...- sin “fuegos de artificio” ni sonoridades retumbantes y con una sola referencia libresca. Pero, en cambio, con gran nitidez y concisión en la expresión de pensamiento y sentimiento.

Que la vida es camino incierto y lo único importante es caminar es una gran verdad que ha sido glosada poéticamente múltiples veces a lo largo de los siglos. Así la condensó, ya en el siglo XIII, Gonzalo de Berceo en su Introducción a *Milagros de Nuestra Señora*: “Todos somos romeros que camino andamos” (estrofa XVII). Además, un proyecto vital semejante al de Cernuda lo expresó León Felipe -otro poeta español exiliado en México- en su poema “Romero sólo...”: “Ser en la vida / romero, / romero sólo que cruza / siempre por caminos nuevos; / ser en la vida / romero, / sin más oficio, sin otro nombre / y sin pueblo...” (*Versos y oraciones de caminante*, I, 1920). Pero, por el total despojamiento y desnudez al final de su peregrinaje, el de Cernuda tiene cierto parecido con el de Antonio Machado, que, premonitoriamente, lo expuso en la última estrofa de su poema “Retrato”: “Y cuando llegue el día del último viaje, / y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, / me encontraréis a bordo, ligero de equipaje, / casi desnudo como los hijos de la mar” (*Campos de Castilla*, 1912).

FIN

Negra sombra de Rosalía de Castro

Negra sombra

Cando penso que te fuches
negra sombra que me asombras,
ó pe dos meus cabezales
tornas facéndome mofa. Cando maxino que es ida
no mesmo sol te me amostras
i eres a estrela que brila
i eres o vento que zoa. Si cantan, es ti que cantas
si choran, es ti que choras
i es o marmurio do río
i es a noite, i es a aurora.
En todo estás e ti es todo
pra min i en min mesma moras,
nin me abandonarás nunca,
sombra que sempre me asombras.

*

Cuando pienso que te huyes,
negra sombra que me asombras,
al pie de mis cabezales,
tornas haciéndome mofa.

Si imagino que te has ido,
en el mismo sol te asomas,
y eres la estrella que brilla,
y eres el viento que sopla.

Si cantan, tú eres quien cantas,
si lloran, tú eres quien llora,
y eres murmullo del río
y eres la noche y la aurora.

En todo estás y eres todo,
para mí en mí misma moras,
nunca me abandonarás,
sombra que siempre me asombras.

*

Traducción de Juan Ramón Jiménez

[Vide la magnífica versión de Luz Casal y Carlos Núñez:
<https://www.youtube.com/watch?v=gdnVZE5I8Os>]

Rosalía de Castro publicó, poco antes de su muerte su último libro y el único escrito en castellano, *En las orillas del Sar* (1884), un poemario impregnado de total desolación, tristeza y melancolía al reflexionar sobre su experiencia personal, sobre el paso del tiempo inexorable, la angustia religiosa, el amor y la añoranza del paisaje gallego, pero ese tono elegíaco y pesimista está expresado con tal fuerza y perfección poética que solo por él está considerada como la más importante poeta española en castellano.

El resto de su poesía está escrito en gallego, *Cantares Gallegos* (1863) y *Follas Novas* (1880) y en este último aparece sin título el poema que comentamos.

La razón de la selección de un texto gallego -al que añadimos la excelente versión en castellano de Juan Ramón Jiménez- es por ser clave y el más famoso de la poeta gallega, al resumir con pleno acierto su concepto trágico y fatalista de la existencia.

Conocido como “**Negra sombra**”, fue musicado por el maestro Xoán Montés Capón, coétaneo de Rosalía, quien supo expresar con música todo el sentir del poema rosaliano hasta el punto de que la pieza se convirtió en el otro himno de Galicia.

Negra sombra, sin embargo, es la cercana imitación de unos versos pertenecientes al poema “*El murmullo de las olas*” del poeta gallego Aurelio Aguirre (1833-1858), amigo íntimo -y quizá algo más- de la poetisa desde la adolescencia y que se ahogó -¿accidente o suicidio?- en la playa de San Amaro (La Coruña) cuando tenía solamente veinticinco años. De esos versos tomó Rosalía el vocabulario, la métrica de versos octosílabos, la estrofa (romance), la rima asonante, la anáfora, la paranomasia y la vaguedad romántica. Pero, a pesar de esa innegable dependencia de una parte del poema de Aguirre, “**Negra sombra**” evidencia mucho mayor aliento creador, es decir, un profundo e intenso sentimiento personal expresado poéticamente con vigor y fuerza sorprendentes

En palabras de Carballo Calero, “la sombría belleza de la composición depende de dos elementos estéticos: la pujante e implacable omnipresencia de la sombra, por una parte; y su misteriosa indeterminación, por otra”.

Porque esa sombra, que por una parte inunda el alma de Rosalía sin dejarle un resquicio ni un escape y por otra la fascina o enajena, es un símbolo. y de la esencia del símbolo es la indeterminación, pues si en la metáfora hay una correspondencia clara entre el término real y el imaginario, en el símbolo la referencia al término real es borrosa, no específica y polisémica. Así pues, la pregunta ¿quién o qué es la negra sombra de Rosalía?, ha tenido muchas respuestas por parte de los estudiosos de la obra de la poeta gallega.

Para Victoriano García Martí la **Negra Sombra** tiene mucho que ver con el desaliento romántico: “se trata de la inquietud trágica que no nos abandona y que no se satisface dentro de los límites de la existencia”.

Para Domingo García Sabell, la Sombra rosaliana es “la conciencia existencial que lleva en su meollo toda la negrura potencial de la vida”.

Para Carballo Calero, la “sombra” es un mal recuerdo del pasado, un recuerdo que la tortura incansablemente, aludiendo al nacimiento ilegítimo de la poeta y a la triste infancia, alejada de su madre por conveniencias sociales y marginada en aquella

sociedad puritana, porque Rosalía era hija ilegítima y no reconocida de una señora de familia hidalga venida a menos y de un sacerdote, y fueron las tías paternas quienes se hicieron cargo de la niña en los primeros años.

Para Fermín Bouza Brey, la sombra del poema representa “la saudade”, el dolor sombrío del alma gallega, acumulado durante siglos y que en el poema rosaliano halló forma definitiva.

Según Luz Pozo Garza, Rosalía simboliza en el poema las vivencias dolorosas y obsesivas de un amor frustrado, instaladas en la raíz íntima del ser, como un maleficio contra el que es inútil luchar

Marina Mayoral ha rastreado las diferentes categorías de sombras, tan frecuentes y desperdigadas en la obra poética de Rosalía, para concluir que en este poema “se expresa de manera concentradísima la trayectoria espiritual de Rosalía ante el descubrimiento del dolor”, y así, “la negra sombra es el *símbolo del dolor existencial*. [...] La estrofa final expresa la toma de conciencia ante esa realidad omnipresente: «En todo estás e ti es todo». Con un solo verso -¡qué tremenda concisión!- resume las dos estrofas anteriores, que a su vez resumían un largo proceso espiritual. Y sin transición yuxtapone otra afirmación que resume un proceso no menos importante y dilatado: el Dolor, que es universal, se hace personal, individual en ella, se hace *su* dolor, se integra en su ser de forma indisoluble”.

En resumen, estamos, pues, ante un símbolo polisémico que apunta, sin poderse concretar más, a vivencias personales dolorosas, a la angustia existencial o a la melancolía, soledad o saudade omnipresentes e inconmensurables en el alma de la poetisa gallega. Lo admirable es que la expresión literaria ese este “dolorido sentir” es sumamente eficaz, aunque con extremada sencillez de recursos, próxima a la poesía popular por la asonancia monorrítmica y por la versificación octosilábica propias del romance.

Si nos hemos referido a los versos de Aguirre como un antecedente muy claro, “*Negra sombra*” también ha dejado detrás de sí fecundas influencias, como es el caso de esta composición poética titulada “*Pena negra*” del poeta también de Santiago de Compostela, José Barcia Caballero (1852-1923) que, como un eco, responde a la de Rosalía:

“Dende que tiven acordo / levo connigo unha pena, / pena que sempre m’acode, / pena que nunca me deixa. / Por todos lados m’asalta, / en todas partes me lembra, / como sombra n’o camiño, / como verme n’a conciencia. / Roime a-y-alma po-l-o día, / po-l-a noite roime n’ela, / xa desperto, xa durmindo, / nunca pasa, sempre aperta. / Eu non sei que-y-é esta cousa. / Eu non sei que pena é-y-esta / que me chucha, que m’acaba / como feitizo de meigas. [...] (Rimas, 1891)

[“Desde que tengo recuerdo / llevo conmigo una pena, / pena que siempre me acosa, / pena que nunca me deja. / Por todos lados me asalta, / en todos se me recuerda, / como sombra en el camino / y gusano en la conciencia. / Me roe el alma de día, / por la noche roe en ella, / ya despierto, ya dormido, / nunca pasa, siempre alerta. / Yo no sé qué es esta cosa. / Yo no sé qué pena es ésta / que me sorbe, que me acaba / como hechizo de hechiceras. [...] (Trad. Paz Díez Taboada)].

FIN

Libertad de Ángela Figuera Aymerich

Libertad

A tiros nos dijeron cruz y raya.
En cruz estamos. Raya. Tachadura.
Borrón y cárcel nueva. Punto en boca.
Si observas la conducta conveniente,
podrás decir palabras permitidas:
invierno, luz, hispanidad, sombrero.
(Si se te cae la lengua de vergüenza,
te cuelgas un cartel que diga “mudo”,
tiendes la mano y juntas calderilla.)
Si calzas los zapatos según norma,
también podrás cruzar a la otra acera
buscando el sol o un techo que te abrigue.
Pagando tus impuestos puntualmente,
podrás ir al taller o a la oficina,
quemarte las pestañas y las uñas,
partirte el pecho y alcanzar la gloria.
También tendrás honestas diversiones.
El paso de un entierro, una película
de las debidamente autorizadas,
fútbol del bueno, un vaso de cerveza,
bonitas emisiones en la radio
y misa por la tarde los domingos.
Pero no pienses *libertad*, no digas,
no escribas *libertad*, nunca consientas
que se te asome al blanco de los ojos,
ni exhale su olorcillo por tus ropas,
ni se te prenda a un rizo del cabello.
Y, sobre todo, amigo, al acostarte,
no escondas *libertad* bajo tu almohada
por ver si sueñas con mejores días.
No sea que una noche te incorpores
sonambulando *libertad*, y olvides,
y salgas a gritarla por las calles,
descerrajando puertas y ventanas,
matando a los serenos y los gatos,
rompiendo los faroles y las fuentes,
y el sueño de los justos, porque entonces,
punto final, hermano, y Dios te ayude.

Si de algo pecó la poesía social española de mediados del siglo xx, fue de panfletaria por el predominio del tono ditirámico, de acusación y denuncia, y por una intencionalidad marcadamente política, que iba en detrimento de la profundidad lírica y la calidad artística; de tal manera que, si exceptuamos a unos pocos excelentes poetas, a la mayoría se los ha llevado el río del olvido.

Uno de estos poetas destacados fue Ángela Figuera Aymerich que creó una poesía fuerte, decidida, crítica, de desvelamiento de las más crudas y desagradables verdades, sin ambages, y con alta categoría poética, pero con un lenguaje rotundo y eficaz sin el más leve asomo de sonoridades efectistas. Poesía de una mujer consciente de su papel social en un mundo dominado por hombres, aunque sin necesidad de definirse feminista.

Ángela Figuera fue una de las voces femeninas más rotundas, claras, rebeldes, comprometidas y libres de la poesía española. Y, sin embargo, una losa de silencio cayó sobre su obra debido a su pertenencia irrenunciable al bando derrotado en la Guerra Civil, en la dictadura franquista, cuya férrea censura no podía permitir aquel tono irreverente y comprometido que denunciaba la injusticia, la falta de libertad y todas las lacras de aquella España sojuzgada y amordazada.

Pero esa losa de silencio llega incluso a la España democrática, casi hasta nuestros días, en una de las injusticias poéticas más flagrantes e inexplicables cometidas en nuestro país. De hecho, aparte de algunos libros, menos comprometidos, publicados durante el régimen franquista, hasta 1975, el mismo año de la muerte de Franco, no se publicó en Madrid una *Antología total (1948-1969)* en C.V. S. Ediciones, y sus *Obras Completas* las publicó Hiperión, en 1986, dos años después de la muerte de Ángela para vergüenza de editores, críticos y lectores españoles.

No me resisto a reproducir el siguiente y reciente texto de Fernando García Cortazar

“Es el hombre de carne y hueso, el hombre concreto, el fruto de una España saqueada por una inmensa tragedia nacional, el que aparece en la poesía de Angela Figuera Aymerich, poesía de una exigencia dolorosa, salvaje, que desea encontrar en la aspereza de las palabras, en la rabia de los versos, una realidad más palpable. Palabras de reproche a la patria amada, palabras de esperanza, palabras que buscan como gestos en el vacío el rostro de España. Palabras, sobre todo, de una dolorosa reconciliación, de una voluntad de superarnos como pueblo que ha de vivir en paz y en libertad.

A sabiendas de lo que Ángela Figuera sufrió en su vida -los vencedores de la guerra le quitaron su plaza de profesora y hasta su título universitario-, este compromiso con el perdón y la refundación de una España que integrara a todos en un proyecto y una historia comunes merece nuestra lectura conmovida

Lo que proponía Figuera, al concluir la segunda década de la posguerra, era erradicar el odio y agarrarse al vuelo de una patria tantas veces asfixiada por el desorden moral y la violencia: «Con los ojos cerrados, / con los puños cerrados, con la boca / cerrada, España, canto tu belleza. / Y con la pluma ardiendo y con la pluma / loca de amor rabioso canto y firmo». Su palabra clara, su mensaje directo, su caudal de emoción sacuden hoy nuestra desorientada conciencia nacional y nos cautivan por la vehemencia de su irrefrenable amor a su patria herida: «Porque eres bella, España y te me mueres / porque eres mía, España, y no te absuelvo / del mal de España, canto tu belleza / ... clavándome la lengua entre los dientes / porque no quiero blasfemar tu nombre».

En el lenguaje duro y limpio de los poetas vascos, de sus contemporáneos Blas de Otero y Gabriel Celaya, los versos de Figuera Aymerich llegaban hasta el corazón de esas tinieblas donde yacía la esperanza de nuestra redención como ciudadanos y patriotas libres: «A ti llamamos / los huérfanos de ti en tu propia entraña, / los que a diario te aman y te sufren, / los que te llevan, ácida, en la sangre, / los que sus huesos sueldan con tus huesos / y no saben salvarte y balbucean / “que Dios te salve” por si Dios escucha.» [https://www.abc.es/cultura/abci-angela-figuera-aymerich-amor-rabioso-espana-201611200143_noticia.html]

El poema “*Libertad*” pertenece al libro *Belleza cruel*, el más importante y comprometido de Ángela Figuera Aymerich. Como era imposible su aparición en la España de los cincuenta, por las razones acabadas de comentar, se publicó en México (1958), con un famoso prólogo del poeta León Felipe, que reproduzco a continuación:

Carta a Ángela Figuera Aymerich

“*Vuestros son el salmo y la canción*”

Con estas palabras quiero arrepentirme y desdecirme, Ángela Figuera Aymerich, de cosas que uno ha dicho, de versos que uno ha escrito...

Porque yo fui el que dijo al hermano voraz y vengativo, cuando, aquel día, nosotros, los españoles del éxodo y del llanto, salimos al viento y al mar, arrojados de la casa paterna por el último postigo del huerto... Yo fui el que dijo:

*Hermano... tuya es la hacienda...
la casa, el caballo y la pistola...
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante por el mundo...
mas yo te deajo mudo... ¡mudo!...
Y ¿cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?*

Fue éste un triste reparto caprichoso que yo hice, entonces, dolorido, para consolarme. Ahora estoy avergozado. Yo no me llevé la canción. Nosotros no nos llevamos la canción. Tal vez era lo único que no nos podíamos llevar: la canción, la canción de la tierra, la canción inalienable de la tierra. Y nosotros, los españoles del éxodo y del viento... ¡ya no teníamos tierra!

Vosotros os quedasteis con todo: con la tierra y la canción.

Nuestro debió haber sido el salmo, el salmo del desierto, que vive sin tierra, bajo el llanto, y que sin garfios ni raíces se prende, se agarra, anhelante, de la luz y del viento.

Yo hablé también un día del salmo. “El salmo es mío”, dije, “el salmo es una joya que les dimos en prenda los poetas a los sacerdotes... y ahora lo rescato, me lo llevo, me lo llevo del templo, me lo llevo en mi garganta rota y desesperada...” Y dije también: “El salmo fugitivo y vagabundo es el lenguaje justo del español del éxodo y del llanto”...

Palabras, palabras nada más. Yo no me llevé el salmo tampoco. Nosotros no nos llevamos el salmo.

Al final todo se hizo grito vano, lamento hinchado, blasfemia sin sentido, palabras de un idiota llenas de estrépito y de furia que se perdieron como burbujas de hiel en el vacío... Y nos quedamos luego todos mudos... Los mudos fuimos nosotros... ¡Los desterrados y los mudos!

De este lado nadie dijo la palabra justa y vibrante. Hay que confesarlo: de tanta sangre a cuestras, de tanto caminar, de tanto llanto y de tanta justicia... no brotó el poeta.

Y ahora estamos aquí, del otro lado del mar, nosotros, los españoles del éxodo y del viento, asombrados y atónitos oyéndoos a vosotros cantar: con esperanza, con ira, sin miedos...

Esa voz... esas voces... Dámaso, Otero, Celaya, Hierro, Crémer, Nora, de Luis, Angela Figuera Aymerich... los que os quedasteis en la casa paterna, en la vieja heredad acorralada... Vuestros son el salmo y la canción.

México, D.F., junio de 1958.

León Felipe

El poema “*Libertad*” es un ejemplo de la mejor poesía social, comprometida hasta los tuétanos. Satiriza la represión, la férrea censura y la falta de libertad de la dictadura de Franco; pero, tras el tono mordaz, es patente el lamento por esa pérdida, la de la libertad, a la manera de la mejor tradición de la poesía romántica -por ejemplo, Byron o Espronceda.

La estrofa inicial, primera de las tres partes en que se estructura el poema, hace referencia a la victoria del bando nacional, el de Franco, en la Guerra Civil; destacan en ella los juegos irónicos y la ruptura de frases hechas como “*cruz y raya*” -religión y prohibición- o “*borrón y cárcel nueva*” por “...*cuenta nueva*”. En la segunda parte, que abarca las cuatro estrofas siguientes, se expone, con un tono acre y corrosivo, la triste vida del español de entonces: expresión amordazada, movimientos de corto alcance, duras condiciones de trabajo y pacatas diversiones. Las dos últimas estrofas, de ritmo vertiginoso y con imágenes sorprendentes por su originalidad, son un “*aviso para navegantes*”: si el hombre encadenado piensa en la libertad, sueña con ella y la anhela, puede serle peligroso, porque existe el riesgo de que estalle, con violencia frenética, en rebelión y ruptura del orden establecido. Entonces, sería su final, y “...*que Dios te ayude, hermano.*”

Desaparecidas en España aquellas duras condiciones políticas que impulsaron la voz airada de Figuera, el poema conserva, no obstante, plena actualidad por su valor lírico y cívico, de defensa de la libertad -en cualesquiera que sean las situaciones o las circunstancias- como la más alta prerrogativa del hombre, según los versos de Lope de Vega: «*¡Oh libertad preciosa, / no comparada al oro / ni al bien mayor de la espaciosa tierra; / más rica y más gozosa / que el precioso tesoro / que el mar del sur entre su nácar cierra!...*» (*La Arcadia*, 1598); o aquellas palabras de don Quijote, tal vez las más hermosas que se hayan escrito, en cualquier lengua, sobre la libertad: «*La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.*» (*El Quijote*, II, cap. 58)

Literatura ATEGAL Para clase de 23 de marzo